

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 286.—1.º de Febrero de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

D. R. G. R.—Se han dado los 136 rs. á desvalidos que los necesitaban mucho; nos parece la mejor manera de conmemorar las tristezas, dar algun consuelo á los tristes.

Doña J. N.—Muchas, muchas gracias por los nueve pares de calcetines nuevos y fuertes que proveen á una de las mayores necesidades, porque todo el que trata pobres sabe lo mal que andan siempre de calzado.

Doña S. R. de A.—Vemos que los pobres de *allá* no le impiden acordarse de los de *acá*, para los que han sido gran consuelo los 100 rs. que llegaron por mano tan buena como el corazon que los envía.

MEMORIAS DE UN NÚMERO.

El centinela.

En la cartuchera de un soldado de caballería indicaba yo el número del regimiento que puso sus centinelas alrededor de un palacio.

No me enteré de la consigna, preocupado por las muchas cosas nuevas para mí que allí veía y oía, á las cuales no encontraba explicacion razonable.

Era un dia de los últimos del año, sumamente crudo, pero como no llovía, el soldado sin capote tiritaba bajo la levitilla, cuyo paño perdió parte de su lana bajo el laminador de la contrata, como el caballo ha perdido parte de sus carnes. ¡Qué abrigo la camisa y una tela raída para estar inmóvil á uno ó muchos grados bajo cero! Dudo que en ningun

pueblo civilizado se tenga á la tropa en semejantes condiciones. En este país meridional la gente no necesita abrigarse para cojer pulmonías. ¡Lástima que los que disponen estas cosas no las sufran!

Los centinelas de infantería, uno, dos, veinte, paseaban acá y allá, con su arma terciada y su aburrimiento, y su frio los que estaban á la sombra, que era el mayor número. Cierto que daba el sol á los pocos pasos, pero más de los que podian alejarse de la garita sin incurrir en pena grave. ¿Quién lo habia de pensar? ¡Pobre gente! Quintos muy jóvenes, casi niños, ninguno tenia la mímica de su edad, el ademan resuelto, alegre, enérgico de los pocos años; más bien que mozos parecian viejos imberbes: esto me llamó la atención, sobre todo siendo cazadores, fuerza escogida, segun he oido decir. ¿Estaban mal alimentados, ó el frio y el fastidio les daban aquel aspecto servil? Su andar acompasado y su silencio de ordenanza respondian tan solo á las preguntas que mentalmente les dirigia, y que todas vinieron á fundirse en esta que me hice á mí mismo:—¿En qué pensarán?—¿Recuerdan el hogar paterno, las faenas campestres, la animación del taller? ¿Comparan el trabajo atractivo, útil, racional, con la ocupacion estéril y enojosa que ahora tienen; la libertad de que gozaban con la servidumbre que los sujeta, y la indulgencia de la familia con la severidad inflexible de las leyes militares? ¿Se irritan al considerar el desden, cuando menos, que inspiran á sus jefes y á sus compañeros más veteranos, porque no llevan con desembarazo el nuevo traje y son torpes para hacer el ejercicio, como si la elevada y universal mision del hombre fuese manejar bien una carabina y cuidar de que no se incline á los lados ni se vaya atrás el ros? ¿Las humillaciones sufridas apagan la dignidad, encienden el ódio, ó las severidades crueles hacen fermentar la venganza? Lejos de la joven amada, de la madre amante, ¿sienten amargura infinita al verse en tierra estraña, en que no son nada para nadie y donde ninguno se inquieta si van al hospital, ni llora si los llevan al cementerio? Cuando miran el arma, ¿les ocurre que con ella pueden poner fin á una vida desdichada?

¡Quién sabe! Algunos quintos se suicidan, algunos soldados se vengan, pero son escepciones, y lo probable es que esos que ahí se pasean no cuentan ni sus desventuras ni sus agravios, sino los cuartos que faltan para el relevo. Entonces se calentarán en aquellos enormes braseros que sus camaradas abanicán con un pedazo de alfombra vieja, esparciendo las mefíticas emanaciones del carbon vegetal; una chimenea ó una estufa alimentada con cok ó carbon de piedra, más sana y más barata, no es costumbre que se encienda en un cuerpo de guardia, y no sé yo lo que diría el coronel, y aun el ministro de la Guerra, si á la Sanidad militar le ocurriera alguna vez sanear algo y propusiese suprimir los braseros. Los que están á la sombra los miran de vez en cuando y parecen prestar algun interés á los progresos de la combustion.

No ceso de admirar esos hombres armados con carabinas, sables y cañones; esos depositarios de la fuerza que aparecen con los signos de la debilidad; ese todo que se impone de un modo irresistible, y esas partes que se dejan imponer de una manera inconcebible. ¡Qué contraste! ¡Cómo no he de tener deseo de saber lo que pasa en aquellas conciencias, de penetrar en las almas de esos cuerpos que pasean un fusil ó inmóviles sostienen un sable? ¡Deseo vano! Ni puedo saber qué piensan ni para qué están ahí. Tocándose unos á otros delante de las puertas, no las guardan, porque veo que por ellas entra y sale todo el mundo, y podrian entrar con materias explosivas y armas los conspiradores que quisieran atentar contra la vida de alguno que allí habita. No los hay, y por ello me congratulo sinceramente; pero si á nadie se detiene, se interroga ni se registra; si entra en esa casa cualquiera, como Perico por la suya, ¡á qué todo este aparato bélico? Si con la libertad de circulacion los centinelas no garantizan nada de puertas adentro, ¡qué hacen de puertas afuera? Y cuando se cierran, ¡para qué se quedan ahí? ¡Por qué no se recogen siquiera á techo? ¡No bastarian los de la línea exterior para dar la voz de alarma? ¡No se dormiría mejor allá arriba si aquí abajo hubiera menos pobres criaturas que tiritasen y tosieran? ¡Vaya V. á saber cómo duermen ciertas gentes! Lo que yo sé es que esos parece que están ahí para adorno, y como acullá

han puesto estatuas de piedra inmóviles, aquí mandan estas que se mueven, cogen tabardillos en verano, pulmonías en invierno, y en todas las estaciones atestiguan cuán bajo está el nivel intelectual de las muchedumbres, y con cuánta razón se las llama masas.

En esto pensaba cuando fui paseando alrededor de la garita; el centinela, porque el caballo hiciera ejercicio ó por hacer él algo, dió varias vueltas, y al pararse lo hizo cerca de dos hombres, cuyo aspecto era lo que se llama decente y la edad muy desigual; uno tenía el pelo blanco, el otro no representaba más de 25 años, y hablaban entre sí del modo siguiente:

—Una de las cosas que más me han chocado en esta población son esos centinelas.

—Pues más le chocarian á V. si supiera las consignas.

—¿Homicidas?

—Ese es factor comun; pero además, aquí son ridículas. Ya vé V. que por aquel arco entran coches, y por aquel otro no se les permite la entrada, estando prohibida por entrambos la de carros con estiércol y con muertos y la de la *justicia*, permitiéndose solo el paso al *reo*.

—No comprendo lo que V. quiere decir.

—No está muy claro. Yo me figuro que esto viene de cuando ciertos palacios, como los templos, servian de *asilo*, para dar á sus dueños esta semejanza más con la divinidad, y la justicia humana carecia de poder contra el criminal acogido á semejante sagrado.

—¿Pero cómo se conserva tan ridícula consigna, que no tiene sentido ni significacion, ni es posible que se formen los centinelas idea de lo que quiere decir?

—¡Idea! ¿Le parece á usted que ellos se forman idea de lo que les mandan y de lo que hacen?

—¡Pero transmitir órdenes que no entienden, repetir palabras cuya significacion se ignora con el deber de convertirlas en acciones!

—Pues esta es con frecuencia la consigna cuyos *quid pro quo* resultan á veces ridículos y otras crueles. Y á propósito de estas, he oido referir un hecho que no deja de tener gra-

cia. Hacían una batida los agentes de órden público en tiempo en que tenían otro nombre y otro uniforme; pero que no se diferenciaban esencialmente de los que hoy arrastran leviton y ciñen capucha. Habían capturado cierto número de muchachos, calificados de vagos, para llevarlos por fuerza á un asilo benéfico, y pasaban por allí. No se sabe si un oficial ó un cadete, alguien, en fin, que entendía la consigna, dijo al verlos pasar muy bajo: *meteros dentro del arco*. Ó no lo oyó, ó no lo entendió más que uno, y como una saeta se separó del peloton y se entra en el recinto. Detiéndose la policía, reclama al fugitivo; vista la negativa de entregarle, quiere apoderarse de él; pero recordando la consigna de *dejar pasar el reo y detener la justicia*, emprenden los centinelas con los de órden público, desordénanse estos, hay voces y barullo, á favor del cual desaparecen los prisioneros con gran contentamiento y aplauso de la guardia y del público, que conserva la histórica española hostilidad á la *justicia*.

—Son cosas verdaderamente increíbles.

—Y, no obstante, ciertas. Venga usted un poco más acá y vea lo que pasa por allí.

—Un entierro de gran lujo. Ocho caballos lujosamente empenachados, y con no ménos lujo y galoneados los ocho palafreneros (creo que así se llaman) que van á pié y el cochero y el lacayo. Una carroza dorada, un féretro que parece de oro, cubierto en parte por un paño encarnado; la manga de la parroquia, el clero parroquial y gran número de coches.

—Pues verá usted como todo se vuelve al llegar á donde está aquel centinela de caballería.

—No lo creo; la comitiva no trata de penetrar en este recinto; vá por la vía pública, está tocando á la calle por donde circulan libremente cosas y personas difuntas y vivas, calle más próxima al palacio; de modo que ni el evitar á los que en él moran el espectáculo de la muerte, puede ser motivo para que no pase el entierro.

—Pues ya vé usted cómo no pasa; el centinela se adelanta hácia el que lleva la manga parroquial y hace una seña con el sable; los cantores interrumpen el canto sin concluir el versículo, y cruz, y acólitos, y curas, y carro fúnebre, y pa-

lafreneros, y lacayos y coches, todo se vuelve, porque la consigna es detener á los que llevan estiércol y muertos, y aunque por un lado pasan, hay que aplicarla por otro; si no, ¿para qué se dá?

—En efecto, retroceden. Hay que convenir que todo esto es de un ridículo inverosímil.

—Y á mí no me hace reír, antes me aflige, como las extravagancias de un loco, que no pueden escitar la risa sino del que no reflexione que son la prueba de una gran desgracia. Los hombres que parecen personas, que debían serlo, obedeciendo ciegamente á mandatos que pugnan con la razón, cuando no con la conciencia; esos ginetes que no se dan más cuenta de lo que hacen que los caballos que montan, y el hecho de que cientos y miles de hombres, un día y otro día, un año y otro año, hagan con tanta formalidad cosas tan ridículas, prueba es de que cualquiera puede reírse de ellos y de todos, y se ríe; la alianza y armonía entre la fuerza y el absurdo, no puede dar por resultado sino la humillación de la dignidad y el triunfo de la injusticia.

Y así diciendo, el anciano dió algunos pasos, y con claras señales de pena y cansancio fué á sentarse en unos escalones que debajo de una arcada había. El centinela que estaba cerca no tiene sin duda la consigna de impedir que descansen un poco, pero un paisano se le acercó diciendo:—Caballero, está prohibido sentarse ahí.—Levantóse; sus labios no articularon una palabra, pero sus ojos envolvieron el edificio en una mirada, que si hubiera habido en él dinamita parece que podría haber servido de fulminante. Luego, vuelto donde estaba su amigo y arrimándose al muro, dijo cosas que no pude entender, pero que por la mímica comprendí que debían ser muy duras. De repente su frente se dilata y cambia la expresión de su fisonomía, la transformación es tan marcada que el amigo la nota y se lo dice con asombro mezclado de curiosidad, porque no sabe á qué atribuirle; él la explica diciendo:

—¿Vé V. aquel coche de donde se apeó una señora que ha subido precisamente por los escalones donde no me permitieron estar sentado?

—Sí; ¿pero qué tiene que ver ese vehículo con el aplacado enojo de V.?

—Pues tiene que ver mucho. El cochero se para á esperar, pero nota que con coche y caballos, estando el sol tan bajo como está, priva de él á varias personas que aquí le tomamos, y da una vuelta y otra, hasta que se coloca de modo que no hace sombra á nadie. Este acto de benevolencia, de verdadera caridad, espontáneo, delicado, anónimo, como un calmante en una herida, ha caido sobre mi espíritu, templando su acritud y hasta variando el giro de mis ideas. Despues de todo, no les falta razon para no permitir que en aquellas escaleras se sienta nadie, porque si se llenaran de gente no se podria subir ni bajar, que es para lo que se han hecho. En cuanto á los centinelas, y á las consignas, supongo que en todo este cúmulo de absurdos y de durezas, habrá más que maldad, ignorancia; V. que es jóven combátala sin tregua, y puede en la lucha alcanzar triunfos que no he conseguido. Entretanto aplaudamos calladamente como él la ha hecho, la buena accion de ese buen hombre; la ira que enciende el espectáculo del mal, no nos ciegue para ver el bien, y prediquémosle y hagámosle aun cuando nos parezca insignificante, porque nunca es pequeño. ¿Quién sabe cómo se aprovecha? Una gota de rocío no pone en movimiento una rueda hidráulica, pero evita que se seque una flor; una accion benévola puede calmar el enojo de un espíritu exasperado, y las nubes tempestuosas en la sociedad, como en la atmósfera, se forman de vapores invisibles.

Calló el anciano, y cuando se puso el sol se retiró. Yo permanecí hasta la hora ya cerrada de la noche en que los centinelas de caballería se retiran.

12.

MORTIFICACION.

M. Fernando Desportes, secretario de la *Sociedad general de prisiones* de Francia, ha dirigido una circular á las personas que podian proporcionar á su colega M. Lebefure, datos para una obra importante respecto al patronato de los licen-

ciados de presidio. Con este objeto remite un interrogatorio, y no pudiendo sin descortesía guardar silencio y sin mentir contestar de otro modo del que verán nuestros lectores, ellos comprenderán cuánto debe mortificarnos dar á las otras naciones idea tan triste de la nuestra; pero la verdad es antes que la patria, aunque fuera servirla, que no lo es, ocultar sus graves faltas. Decírselas muy alto, esto entendemos que es el verdadero patriotismo; decírselas para cuando las oiga, para cuando se cure de la sordera intelectual y moral que hoy la aqueja. Hé aquí el

INTERROGATORIO.

Preguntas.

1.^a

¿La opinion pública, el Gobierno, se preocupan de la suerte de los licenciados de presidio en vuestro país?

¿Reconoce que constituyen un problema social y político de suma gravedad?

2.^a

El patronato de los licenciados de presidio, ¿está formalmente organizado? ¿Su organizacion, se debe á la asociacion, al Estado, ó á la iniciativa privada? ¿Cuál es la accion respectiva de estos elementos en el patronato?

3.^a

¿Ha comprobado V. en su país alguna relacion entre el patronato y la reforma penitenciaria?

Respuestas.

1.^a

Ni el Gobierno, ni la opinion pública, se ocupan en España de los licenciados de presidio, y si algun particular ó funcionario conviene en que constituyen un grave problema social, ni el Gobierno ni el público hace nada para resolverle, y son muy contadas las personas que trabajan en este sentido.

2.^a

No existe el patronato para los licenciados de presidio, y solo en Valencia hay una Asociacion que protege á su salida de la cárcel, á los que condenados por delitos leves extinguen en ella su condena.

3.^a

Como en España no existe ni patronato ni reforma penitenciaria, es imposible comprobar con la experiencia relaciones que evidencian el estudio de otros países, y la razon.

4.^a

¿Cómo se aplica el patronato?

¿Cuáles son sus medios de acción y sus recursos?

¿Cuáles son las principales dificultades que encuentra?

¿Logra vencerlas?

5.^a

¿Cuál es por término medio el presupuesto de la Sociedad de patronato?

6.^a

¿El patronato protege indistintamente á todos los licenciados de presidio? ¿Elije entre ellos? En caso afirmativo, ¿sobre qué bases?

7.^a

¿Cuáles son los diferentes modos de proteger á los licenciados?

¿Se procura alejarlos del país y enviarlos á las colonias? ¿Qué resultados se obtienen?

8.^a

¿Se ha recurrido á uno ó varios agentes especiales para procurarles trabajo y colocación? ¿Ha podido el patronato subsistir sin crear asilos temporales ó permanentes, para recibir ciertos licenciados y en especial mujeres?

9.^a

¿Cómo se han organizado los asilos?

¿Se ha establecido trabajo, y de qué modo?

¿Son agrícolas ó industriales? ¿Han correspondido á su objeto y es seguro que se sostendrán?

4.^a

El patronato como queda dicho no existe y las dificultades insuperables que encuentra son la indiferencia del público y del Gobierno, y el estado de las prisiones que perverten en vez de corregir á los penados, y los pone en un estado propio para retraer al que quisiera protegerlos.

Las preguntas 5.^a, 6.^a, 7.^a, 8.^a, 9.^a, 10.^a, 11.^a, 12.^a, 13.^a, 14.^a y 15.^a, quedan contestadas en las anteriores. Solo puede añadirse que si algun sacerdote se interesa en la suerte de los licenciados de presidio, es una excepcion muy rara; el clero en general los mira con la misma indiferencia que el público.

10.^a

¿En qué proporción entra el elemento religioso en el establecimiento del patronato? ¿En qué proporción contribuyen los ministros de los diferentes cultos? Prescindiendo de la religión, ¿puede hallarse abnegación verdadera en favor de los licenciados, allegar fondos suficientes, ejercer una acción eficaz sobre los patrocinados que los preserve de la reincidencia? ¿Indica la experiencia un medio más poderoso de regeneración?

11.^a

¿Puede juzgarse por resultados apreciables de la eficacia de las instituciones de patronato establecidas en vuestro país?

12.^a

¿Hay estadística respecto á este punto que merezca confianza?

13.^a

¿Ha coincidido la disminución de las reincidencias con el incremento del patronato?

14.^a

¿Son muchos los que manifiestan el deseo de rehabilitarse?

15.^a

¿Cuáles son las conclusiones de las memorias presentadas por las asociaciones de patronato?

¿Esta institución tomará incremento; parece que tiene porvenir, y cuál es en definitiva hasta el presente el testimonio de la experiencia?

CONSUELOS Y DESCONSUELOS DE UN CIEGO.

III.

(Continuacion) (1).

La desgracia de la ceguera tiene un carácter terriblemente especial, que la distingue de todas las demás á que está sujeta la humanidad.

En muchas de ellas cabe reparacion ó esperanza de un desenlace favorable; en casi todas caben distracciones, que son consuelos momentáneos y sirven como de narcótico pasajero para adormecer por horas ó por instantes la accion punzante del dolor. Cualquiera puede comprobar la verdad de esta máxima, con solo hacer imparcialmente un exámen-recuerdo de las desgracias, grandes ó pequeñas, que haya sufrido en toda su vida.

Las enfermedades, las ruinas de fortuna, los desengaños del corazon, los pesares de familia, las persecuciones infundadas, la pérdida de la reputacion honradamente adquirida, la prision justa ó injusta, pues hasta la justa es un tormento grande, todo esto, que son realmente desgracias horribles capaces de quebrantar el ánimo más esforzado, puede tener en esta vida (y aun sin fijarnos en las compensaciones de la eterna) alguna reparacion ó por lo menos alguna esperanza de obtenerla; y el poder esperar, aunque sean esperanzas poco fundadas con tal que no sean del todo imposibles, es ya un verdadero consuelo. Todas esas desgracias, exceptuando las enfermedades, son obra de los hombres, y lo que ellos hacen, ellos mismos lo pueden reparar ó atenuar.

En otra clase de infortunios, que no proceden de los hombres sino de la Providencia divina, como son la muerte de personas queridas, las enfermedades incurables en nosotros mismos ó en esas mismas personas de nuestro afecto, en cualquiera desgracia en fin de las que he citado como reparables, si pierden este carácter sustituyéndole con el de irremediables, en todas ellas, aunque el dolor sea vivo y permanente, caben distracciones materiales que lo suspenden y llegan á producir un olvido benéfico, aunque sea momentáneo.

En efecto, el que está velando con angustia afanosa á un enfermo querido, se rinde al sueño por cansancio, duerme y su pena se paraliza durante horas ó minutos. Duerme el reo en capilla y yo he visto dormir profundamente á un amigo mio pocas horas antes de acudir á un desafío á muerte.

(1) Véase el número de 1.º de Enero.

El que llora con perfecta sinceridad y con amargura profunda á una persona querida muerta ya, recibe poco á poco el bálsamo del tiempo: su pena, sin desaparecer, se vá calmando y se presta á la distraccion. La lectura de un libro que interese á la ciencia ó impresione la imaginacion, las emociones de la música en corazones templados al calor de delicada sensibilidad, un paseo solitario, la contemplacion del mar tempestuoso ó sereno, del monte elevado, de la puesta magnífica del sol, de la luz melancólica de la luna, cualquiera de estas emociones distrae á la fuerza, sin que tal efecto pueda interpretarse en mengua de la sinceridad del dolor, sino como consecuencia de la pobre naturaleza humana.

Pero de todas estas reparaciones, esperanzas, consuelos y distracciones ¿qué puede alcanzar á un pobre ciego de gota serena como yo? Nada, desgraciadamente.

Mi ceguera es completa, irremediable y será perpétua. De esto no me puede quedar la menor duda. Es la muerte de una parte importante de mi organismo y la resurreccion de la muerte solo es admisible en la esfera excepcional de milagros de Dios, porque á su omnipotencia nada se resiste.

Me está pues vedada toda esperanza de que cese mi desventura: los hombres son en esto impotentes y no hay para mí, como puede haber para otros infelices, ni siquiera distraccion pasajera, que atenúe momentáneamente mi desgracia.

Esta oscuridad en que vivo es perenne, incesante; la siento á todas horas, en todas las situaciones de la vida, y no solo no tiene lenitivo humano, sino que, por el contrario, á cada momento los sucesos grandes ó pequeños del gran movimiento social, que me rodea, me ofrecen continuos motivos de una pena, que parece siempre nueva ó renovada, por no ver lo que otros ven, por sufrir en lo que gozan los demás.

Se me dirá acaso que esta desconsoladora teoría no es absoluta, porque tengo, como tienen todos, la distraccion del sueño, y que mientras duermo, no experimento las amarguras de la ceguera. Ciertamente es que paso de una oscuridad á otra, de los ojos inmóviles á los ojos cerrados, y que duermo, aunque poco en verdad; pero aun en este descanso del alma y del cuerpo hay dos accidentes dolorosos.

El primero son los ensueños de felicidad, con que á veces se desarrolla en mí esa misteriosa facultad que tiene nuestra alma, y que la ciencia no ha logrado todavía explicar completamente, para representarnos dormidos una vida ficticia, que ha de desaparecer como el humo al despertar. Soñar, como sueño yo con frecuencia, que no estoy ciego y reconocer que lo estoy cuando despierto, es como el reo de muerte

á quien le hicieran creer en el indulto, para decirle al poco rato que habia sido un error y que el cadalso le esperaba.

El otro accidente doloroso, independiente de los ensueños y aunque no los tenga, es ese mismo despertar natural. Al cesar el sueño, todos abren los ojos á la luz con cierta avidez de recobrar el sentido más precioso, del cual han estado privados; no se consideran vueltos á la vida animada y activa hasta que ven. Yo soy el que no veo nunca, como no sea en las ilusiones falaces y desgarradoras del ensueño.

En cuanto á distracciones, ¿cuáles pueden presentarse á un ciego? Toda distraccion exige, como principal elemento para que sea provechosa, la concurrencia de la vista, y es imposible cuando se vive en tinieblas perpétuas. Lo que sí sucede es que percibo las distracciones y las emociones de los demás con la amargura de no poder participar de ellas.

Esto sucede todos los dias; á cada momento. Ahora mismo, mientras dicto estas páginas á mi amigo Jacobo, he oido bulliciosa y alegre algazara en la calle. He preguntado lo que era; mi amigo ha suspendido la tarea y se ha asomado al balcon. Es, segun me dice, que vuelve de la guerra un batallon de la reserva, compuesto en su mayor parte de hijos de esta poblacion. Jacobo me explica que los soldados van radiantes de alegría, que las madres, los hermanos y los amigos se mezclan en las filas é interrumpen con sus abrazos y expansiones de gozo la regularidad severa de la marcha militar; que el pueblo se asocia á estas expansiones y recibe á sus compatriotas con el mayor afecto; que no se ven más que rostros rebosando júbilo, hasta júbilo de lágrimas; que el espectáculo es de una ternura conmovedora y que los aires marciales de la música militar completan el entusiasmo general. Todo esto vé Jacobo; todo esto contemplan desde sus balcones mis vecinos alborozados; solo yo estoy quieto, mudo y sombrío en mi sillón. Yo no veo, no puedo ver nada.

Ayer tuve otra dolorosa experiencia. Iba yo con mi buen Jacobo por un paseo solitario. Una pobre mujer nos detuvo, y con acento y palabras, capaces de quebrantar un corazon de roca, nos pidió limosna para su hijo, casi moribundo de hambre, que llevaba en brazos. Me dijo Jacobo que el aspecto de aquella madre era conmovedor y digno del pincel de Murillo ó de Rivera cuando pintaban los cuadros de la Virgen al pié de la cruz en el Calvario. La dí cuanto dinero llevaba en el bolsillo, que no era mucho en verdad, y la voz de aquella mujer se trasformó en acentos de la más vehemente y tierna gratitud. Todo esto pasaba junto á mí, y yo... nada veía. ¡Qué no hubiera yo dado por contemplar un momento

aquellos cambios interesantes del semblante de una madre, ya dolorosa, ya socorrida y aliviada! Sus palabras me hacian daño; debí parecerla insensible á sus demostraciones, siendo todo lo contrario, porque empujé bruscamente el brazo de Jacobo: no podia soportar en aquel instante la horrible oscuridad de mis ojos.

Amigos de buena intencion, que algunos tengo todavía, me dicen: «El tiempo todo lo calma: la desgracia de V. es grande; pero á todo se acostumbra el hombre y V. se habituara al fin á su ceguera y padecerá menos.» ¡Triste y vulgar expresion de consuelo! Está dicho de buena fé por parte de mis amigos y recibida por mí con la ironía de la desesperacion! Si otros ciegos se acostumbran tranquilamente á serlo, que vengan á decirme cómo lo hacen, que me enseñen á encontrar algun consuelo; yo no tengo ninguno, ni sé cómo se adquiere ni espero alcanzarlo jamás.

Para comprender esta situacion mia, que cualquiera que lea mis palabras haga una prueba, aunque nunca será prueba de la realidad; que se venda los ojos y se someta durante tres ó cuatro horas á la oscuridad. ¿Se acostumbrará á ella tranquilamente á pesar de saber que es una ceguera voluntaria y transitoria? ¿No sentirá un malestar general, que le hará desear vivamente el momento de la luz? ¿Qué impresion de alegría y de bienestar al arrojar la venda que cerraba sus ojos!

Pues bien; yo experimento la falta de ese bienestar agravada hasta el extremo por la conviccion de que mi oscuridad no es transitoria, sino definitiva; que mis ojos están cerrados á la luz, como se cierran los del moribundo por la mano invisible de la muerte. Tengo de muerto las tinieblas del sepulcro; tengo de vivo la conciencia y el sentimiento bastante para soportar esa muerte parcial anticipada.

Conozco una persona de espíritu elevado y varonil, cual pocas habrá en el mundo. Hace algunos dias la oí quejarse (si queja cabe en quien sabe sufrirlo todo en silencio) de la pena que habia tenido hace algun tiempo, constituyéndose durante la mayor parte del dia y de muchos dias en una habitacion completamente oscura para acompañar y cuidar á un hijo suyo, enfermo de los ojos, cuya curacion exigia esa oscuridad. A quien tanto valor tiene para sufrirlo todo, le impresionaba, sin embargo, el sufrimiento sencillo de estar á oscuras. ¡Ejemplo fácil, imágen pálida de lo que padezco yo, no teniendo aquella fortaleza de espíritu y estando en esa oscuridad para todo el resto de mi vida!

(Se continuará.)

FAUSTO.

HOGAR SIN MADRE.

Cruzaba el hermoso camino que conduce á la aldea de... y siéndome ya muy conocido por las muchas veces que lo habia recorrido, dejaba vagar mi pensamiento por diferentes recuerdos, gratos unos, dolorosos otros, como acontece siempre que dejamos libre expansion á nuestro espíritu. A lo lejos se divisaba una casita cuya blancura era capaz de rivalizar con la misma nieve, y coquetamente adornada por la naturaleza; rodeábanla preciosos arbustos, formando más bien el artístico conjunto del lindo cenador, que la morada de una pobre familia. Yo la habia visitado otras veces, no sé si por buscar descanso en aquel delicioso sitio, ó por encontrar placer contemplando unas criaturas que parecían representar el cuadro de la dicha real y verdadera, cual es la que proporciona una alma tranquila, el amor basado en Dios, y la honradez que con segura planta sabe aplastar el ruin gusano de la envidia. En una palabra, allí reinaba la virtud y el trabajo.

No sé si llevado de la costumbre, ó realmente deseoso de beber un poco de agua, acerquéme casi maquinalmente, llegando á la puerta que, abierta, como acontece siempre en el campo, daba paso franco á la cocina, que es habitualmente para los campesinos la habitacion donde se reúne la familia. Algo lúgubre presagiaba mi corazon al aproximarme, fundado sin duda en el profundo silencio que reinaba, donde otras veces la fresca y melodiosa voz de una mujer se oia entonar esas canciones tan propias para dormir á un niño. No tardé en ver confirmados mis temores. Un hombre como de 40 años estaba sentado con indolencia, dejando descansar su cabeza sobre ambas manos, que ví cubiertas de lágrimas, cuando al oír mis pasos trató de incorporarse; su semblante curtido por el sol y habituado á sufrir la inclemencia del tiempo, no lo estaba sin duda á los pesares, y su expresion era tal, que al saludarle incliné mi cabeza con toda la veneracion que inspira el infortunio. Las lágrimas en los ojos de la mujer son bálsamo que endulza su pesar; pero en el hombre es el dolor que no cabe ya en el corazon, y se destila gota á gota...

A su lado habia una niña de unos ocho años, poco más lejos otra de tres, y en una cuna un angelito de pocos meses. En todos se notaba el desaseo, de que participaba la casa; las gallinas entraban como para reclamar su habitual alimento; las flores, que adornaban la puerta otras veces, frescas y olorosas, inclinaban sus tallos marchitos, careciendo del riego ordinario. En todo se notaba el vacío que deja tras sí la activa y buena madre de familia. ¡Cuánta dulzura encierra ese nom-

bre de madre, que nuestra lengua comienza á balbucear cuando apenas tiene fuerza para ello; que nuestros ojos buscan con su primera mirada, y que al perderla, una honda herida lacera nuestro corazon para no cicatrizarse jamás! Los que aún tengais la dicha de estrecharlas en vuestros brazos, no podreis quizás comprenderme; los que hayais ya derramado abundantes lágrimas sobre su sepulcro, exclamareis conmigo: ¡Madre mia!

Estreché cariñosamente la mano de aquel honrado labrador, y acerqué una silla á la suya, manifestando interés por conocer la causa de su abatimiento.

Es dudoso si cuando el dolor embarga nuestro corazon gustamos de que sea objeto de investigaciones; pero es seguro que nos sirve de lenitivo hablar de él: mi buen hombre despues de exhalar un profundísimo suspiro, se expresó en estos términos: «Sin duda sois forastero, pues á no serlo conoceríais, como toda la comarca, á mi pobre Angela; ¡ay! señor, tenia bien puesto el nombre, era un ángel, la madre de los pobres, el consuelo de los vecinos, en fin, todo lo bueno, sin mezcla de nada malo; hace nueve años que nos casamos, (¡parece que fué ayer!) yo la queria más que el primer dia, y mire V., me creia tan feliz que muchas veces cuando por la Cuaresma iba al pueblo, y oia decir al señor cura desde el púlpito que todos habiamos de llevar nuestra cruz con resignacion, volvía pensativo, sin poder encontrar la mia; teniamos salud, y sin ser ricos, ningun dia, gracias á Dios, ha faltado pan para la familia, y aun para el pobre que llegaba á la puerta; mis hijos me parecian más hermosos que el sol, mi mujer era la envidia del mundo, ¡qué más podia yo desear? Pero ella, cuando yo le decia todas estas cosas, me contestaba: Demos gracias á Dios, y pidámosle que cuando venga la desgracia nos dé resignacion; no hay mal ni bien que cien años dure; pero ¡ay! no creia yo estar tan cerca del infortunio. Hace un mes que se me puso mala; y solo le dió tiempo para cumplir con sus deberes de cristiana.»—El infeliz dejó correr el llanto, y cuando traté de darle algun consuelo, prosiguió con amargura: «Ella se ha ido al cielo, dejándonos como V. nos vé, que si no fuera por los vecinos, en particular aquel pobrecito ya no existía.—Padre, interrumpió la niña mayor; el sol entra ya por el portal, y es la hora en que madre nos hacia rezar.—Todos nos postramos con recogimiento, la niña rezó con dulce voz las Ave-Marías; al terminarlas, el infeliz padre exclamó profundamente conmovido: «Madre de los Desamparados, dirige tu mirada á estos huérfanos, inspírame y acoje bajo tu manto este *pobre hogar sin madre.*»—R.